

UN BACHILLERATO SIN LAURELES

Cuando la LOGSE mutiló las Humanidades «sensu stricto», es decir, el latín y el griego, como materias de sabor reaccionario, dio, asimismo, la puntilla a cualquier posibilidad desbarbarizadora que pudiera ofrecer el Sistema Educativo. Cuando se ha confundido la barbarie con la modernidad didáctica, intentar ahora arreglar las cosas con reválidas de pitimín es como querer acabar con la ballena del analfabetismo de nuestros adolescentes con una escopeta de perdigones. Al amputarse las Humanidades del árbol de conocimientos de Bachillerato, todas las demás Materias quedaron inmediatamente infuncionadas por la intención barbarizadora del feroz legislador.

Vencidas las lenguas clásicas o recluidas en un número de alumnos vergonzante, murió el adorno glorioso que supone la etimología de Bachillerato, tal como apuntaba irónicamente en estas mismas páginas el sabio maestro Antonio García Trevijano. Pues «bachiller» deriva del vocablo latino «baccalaureus», la corona triunfal de laurel con sus bayas o frutillas que el viejo sistema educativo de la Edad Media imponía al alumno despierto que había aprobado el «examen baccalaureatorum», antes de la Cuaresma, al manifestar con sus respuestas que conocía los autores latinos básicos y el suficiente latín para la prosecución de una carrera universitaria que se iba a impartir indefectiblemente en latín por profesores con «licentia ubique docendi»; es decir, con el derecho a enseñar en cualquier universidad, siendo su área toda la Cristiandad.

Los dos primeros ministros socialistas de educación mostraron un claro odio a las lenguas clásicas. Encontrar las fuentes y veneros de ese odio cerval es acertar con el sentido último con que se redactó la LOGSE. Desde luego ese palmario odio no tiene nada que ver con la tradición socialista. El propio Marx se doctoró con una tesis más cercana a la filología clásica que a la filosofía política. Tampoco ese odio nació de la ignorancia oceánica que los blasonaban los «maléficos» psicólogos y pedagogos que asesoraron a aquellos dos ministros. No; tampoco estuvo en la envidia a la sabiduría clásica de la psicología bárbara el hontanar del odio socialista a las clásicas. Ni tampoco se debió a un anticlericalismo asilvestrado que recordaba el latín como el vehículo de los mensajes eclesiales. Era la historia de nosotros mismos, de nuestras propias palabras que nos dan el «ser», que nos constituyen, lo que realmente se odiaba. Eran los trasfondos etimológicos de nuestras cosas y nuestras acciones, su verdad, lo que cierta cúpula del PSOE, la verdadera locomotora de la Transición, quiso cepillarse. Cuando uno se ha traicionado a sí mismo matando al padre, se intenta nacer de nuevo por completo, sin ningún padre molesto y acusador. Los adolescentes españoles son analfabetos porque sus padres (y abuelos) no quieren que sepan quiénes son. Condenados a ser Edipos ciegos, buscan un Tiresias que les ayude a resolver su enigma, dando, claro, palos de ciego. Al menos Edipo se impuso a sí mismo la ceguera después de haber visto verdaderamente (el pasado del verbo «ver» en griego es el «saber» en presente). Desorientados los alumnos por esta ceguera verbal, el Ministerio repartió por



todos los Institutos Departamentos de Orientación, como brújulas del espíritu bajo un cielo sin estrellas y en un globo sin polos magnéticos. La psicología bárbara de los Secretarios de Estado se multiplicó al extenderse a todos los

Centros, convirtiéndose en irremediable lo que tenía aún su pequeño arreglo con un poco de oposición al sistema y buena voluntad por parte de los profesores tradicionales. Con tanto intentar forjar en la escuela ciudadanos con conciencia crítica, pero no eruditos, se ha conseguido como fruto analfabetos sin conciencia crítica. Los llamados programas de atención a la diversidad, si han servido para algo ha sido sólo para neutralizar al alumno verdaderamente avisado, aquel que, infiltrado en el sistema, hubiera podido salir indemne del mismo si se le hubiera dado de comer lo que su estómago requería. En fin, al observar a los opositores a la reválida recordamos el condicionamiento de Jakobson de que un cambio en la estructura de una lengua por inclusión de un elemento extraño a su sistema no se produce sino de acuerdo con las tendencias de su desarrollo.

Martín-Miguel RUBIO ESTEBAN

¿Y DESPUÉS DE BEN LADEN...? (II)

Pensar es participar. No pensar es asumir lo que otros dictaminan, realizan, mandan. Pensar supone salir de la caverna en busca de la luz, el espacio abierto, la comunicación. No pensar es cegarse, ocultarse en lo más profundo de la caverna, atemorizado, esquivo, negándose a intentar interpretar y comprender el mundo, sumiéndose en las voces y sombras que sobre su conciencia se proyectan. En Estados Unidos más del 50 por ciento de la población no participa en los procesos electorales. Y éstos tardan años en producirse. El resto del tiempo los ciudadanos se limitan a «consumir» política, de la misma forma que consumen hamburguesas o religión. Estados Unidos es la tierra del patriotismo, del culto a la bandera, del «héroe». Los Presidentes de Gobierno, grandes banqueros o autoridades gubernativas, son más patriotas que en ningún otro lugar de la tierra. Pero cuando llegan conflictos como el de Vietnam, se libran de ir a la guerra y son los hijos de las clases trabajadoras las víctimas. Estados Unidos posee la moneda más cotizada, es ejemplo de desarrollo y magnificencia. Mas las calles de Nueva York se pueblan de miles de mendicantes. Falta



cobertura sanitaria y asistencia médica para un tanto por ciento de la población más elevado que, pongamos por ejemplo, España. Y Estados Unidos es —y nuestros comentaristas políticos bien se precian de subrayarlo cada día—

ejemplo de democracia. En 1965 Lindon B. Johnson, Presidente, decía estas palabras a los estudiantes universitarios de su país: «Quisiera verlos mostrando por el sistema político de los Estados Unidos el mismo fanatismo que los jóvenes nazis por su régimen durante su guerra». No lo dude: lo han conseguido.

Y ahora retomamos el curso de nuestra pregunta: ¿y después de Ben Laden, qué? E idéntica respuesta: la caza de otro enemigo casi tan invisible como aquel: el pensamiento. A la globalización económica sucede la globalización intelectual, y a ésta la policial. Bertrand Russell ya alertó a los pueblos de África, Asia, América Latina, sobre las despiadadas guerras de exterminio que preparaba USA. Consumadas éstas, es la hora de la guerra contra el pensamiento. En momentos en que ya la ONU es como si no existiera. ¿Y la UNESCO? Terminó el comunismo real. (Lo de China cada vez parece más virtual. Y pensar en Cuba, Corea del Norte, etcétera, es únicamente preguntarse hasta cuándo, hasta cuándo no se agotará —no lo precisa de momento— la paciencia de Catilina...).

Es sobre los ciudadanos, sobre el principio de rebelión que subsiste en muchos de ellos —incluso en los mundos desarrollados, en el Occidente políticamente sumiso pero intelectualmente incorrecto— sobre el que ha de dirigirse la siguiente contienda. Y no parece resultar muy difícil la tarea. Se tienen los medios: en el área visual, de la aldea global interactiva, el control también lo ejerce el Imperio. Es el telefeudalismo. Desde el Gran Castillo de las comunicaciones se opera la cruzada contra los súbditos y vasallos de la Tierra entera, que encima reciben con alegría este vasallaje: todo viene en technicolor, se anuncia en nombre de la libertad, y no tiene fronteras: todos los ciudadanos al mismo tiempo, en el mismo segundo de sus relojes, consumiendo idénticas imágenes. Sin necesidad de preguntas. Cambiando ininterrumpidamente los contenidos que se les sirven. Todos incuestionados, palabra, oráculo de Dios, reza esta nueva Biblia universal. Telépolis es el moderno Sinaí. Y alcanza a todos los pueblos de la Tierra. Apenas nacer, ya espera el gran ojo, servidor, para que ante él se siente, sin otros pensamientos, incapacitado para la rebelión, el niño adulto, el adulto niño.

Y al fin todos nos rendiremos convencidos de las bondades del progreso, ante el monopolio de la violencia, que pasa a ser considerada Verdad Suprema, Desarrollo Infinito.

Hoy el asesino es sheriff y es juez y es predicador al tiempo. Eficacia se llama esta concentración de poder. Y además, para eso somos todos postmodernos, quien lo discuta no deja de ser un cateto.

Andrés SOREL

PORQUE SÍ Y PORQUE ES ASÍ

MOMENTO DE DEJARLO

Es el momento de dejarlo. Con esta sencilla frase, el Presidente del Partido Popular de Castilla y León, Juan José Lucas, que no gusta de la verborrea y se complace en la largueza, anuncia, en Valladolid, que no se presentará a la reelección. No hay, en la familia Popular, población de buitres negros, lobo ibérico y otras especies protegidas; otro como él. Sin su capacidad se hubieran desbordado muchas cosas en estos reinos. Lucas lleva a cabo así otro renunciamento, uno más, de una larga lista. Se va para dejar paso; al contrario de otros que, con su enroque, lo estorban todo. Lucas, que no juega a otra carrera que no sea la de la lealtad, sabe que al apartarse

para que Juan Vicente Herrera tome las riendas, está sembrando para la hacienda popular. Dice este soriano que habla y mira como un labrador —por eso es sabio—, que no es sano engancharse a los cargos. Sería deseable que otros patriarcas peperos, de la ancha Castilla, del privativo reino de León, tomaran ejemplo de quien ha protagonizado la etapa más irreproachable del PP de esta tierra.

Jesús FONSECA

